

La Revista

DIRECTOR: **Julio HERRERA Y REISSIG**

SUMARIO

José Ingegnieros	El delito como vínculo entre la ciencia y el arte	161
Germán García Hamilton	Noche primaveral	165
Clemente Barahona Vega	Rosas churriguerescas	166
Julio Herrera y Reissig	La musa de la playa	169
Santiago Maciel	La lira silvestre	173
Horacio Olivos y Carrasco	Nocturno	178
Carlos Martínez Vigil	De mi cartera	178
Vidal Belo	Caen las hojas	182
Ricardo Sánchez	La Venus de Milo	183
José Cibils	Helénica	184
Florencio Otero Mendoza	¡Famoso don!	185
La Redacción	Notas de Redacción	188

MONTEVIDEO
ADMINISTRACIÓN DE LA REVISTA

96 — CALLE CÁMARAS — 96

1899

EL DELITO

COMO VÍNCULO ENTRE LA CIENCIA Y EL ARTE

Mucho se ha pensado y escrito sobre un pretendido antagonismo entre la ciencia y el arte, como si la una fuera campo exclusivo para la labor reflexiva y, el otro, espacio ilimitado que recorrieran desenfrenadamente las facultades imaginativas. Se ha intentado su divorcio psicológico.

Leyendo y estudiando lo que la ciencia moderna piensa; por intermedio de sus sacerdotes, surge la duda de que no sea realmente cierta esa contradicción entre «El nuevo ídolo»—como acaba de llamarla, en un drama admirable, *François de Curel*—y el Arte.

Hace un par de años, *Macedonio Fernández*, espíritu selecto que el ejercicio de la abogacía mantiene alejado de toda labor intelectual, con sentimiento de parte de los que pudimos estimarlo, escribía inteligentemente: «una duda: ¿por qué parece reinar tan poca luz sobre el problema de la diferencia esencial entre ciencia y arte? Por una sola cosa: porque falta uno de los términos: en arte todo está hecho, nadie superará á Beethoven, á Heine, á Dante; pero ¿dónde está la ciencia?»

Hagamos abstracción del pesimismo relativo á la ciencia, cerremos un ojo y consintamos en la realización ya total del arte; queda en pie la interrogación fundamental.

A ella responden brillantemente algunas observaciones y estudios, que recordaremos rápidamente, y uno reciente del que diremos una breve síntesis.

Al encontrar en *Charcot* las preciosas observaciones clínicas sobre la histeria, surgió en nuestra mente el recuerdo de toda la rica literatura medioeval á base de obsesión; en ella estaba la sintomatología clara de esas perturbaciones de la psique, cuyo enigma le ha tocado resolver á la ciencia contemporánea. Y más tarde, cuando la clí-

nica mental nos puso en presencia del mundo interesante y doloroso de aquellos que en decir de *Dante* «hano perduto il ben de l'intelletto», encontramos que los casos reales de alienación mental correspondían fielmente á muchos de los protagonistas de las grandes obras que el genio artístico había producido en tiempos en que la determinación de los tipos clínicos no había sido realizada por la psiquiatría.

Pero mayor es, sin duda, el paralelismo entre los caracteres de los diversos tipos delincuentes, recientemente determinados por la escuela positiva de antropología criminal, y las grandes figuras criminales de las obras maestras del arte; y antes que la ciencia paseara su mirada escrutadora por esos recónditos intersticios del mundo criminal, el arte cristalizó en sus grandes tipos los rasgos característicos de la psique del delincuente. Y, como ya hubo de constatarlo *Enrique Ferri*, son precisamente los casos característicos, los delitos atrozmente ó sentimentalmente refinados, los que en la historia han recibido la consagración de la inmortalidad, en el arte popular primero, y, más tarde, en las grandes obras maestras.

De ello podría inducirse que en verdad el arte ha alcanzado una mayor integración que la ciencia; pero también —y ésta es nuestra tesis— que el arte lejos de ser antagonista sistemático de la ciencia, puede servirle de poderoso elemento de enseñanza y control, señalándole rumbos, confirmando sus constataciones, cooperando, en una palabra, á su florecimiento y consolidación.

Así los varios tipos psico-antropológicos de delincuente se encuentran ya—según *Ferri*—en las obras maestras del arte, con todos los caracteres que la ciencia, recién en estos últimos tiempos, ha podido adjudicarles. El criminal nato necesitaba del talento de Shakespeare, Dostojewsky ó Sué, para ser claramente intuido antes que Lombroso lo hubiera definido científicamente; y en las obras de aquellos se encuentra confirmada la determinación hecha por éste. El loco delincuente—tan luminosamente encarnado en Hamlet,—es una intuición del arte antes que ser una conquista de la psiquiatría y la criminalología. El criminal por hábito no se presta á la creación artística; apenas si da tela para un Rocambole novelesco y convencional. En cambio el delincuente por pasión y el delincuente ocasional llenan casi por completo el escenario artístico, y es allí donde encuentra fecunda cosecha el estu-

dioso que busca con ojo indagador las concordancias de la previsión imaginativa con las constataciones de la clínica y el laboratorio.

En las artes decorativas—pintura y escultura—la coincidencia no es menos evidente. *Eduardo Lefort*, estudiando este punto con especialidad, llegó á la conclusión de que el tipo científico del delincuente-nato, descrito por la escuela positiva, guarda una analogía perfecta con la obra artística de muchos siglos. Por su parte Lombroso había constatado que «el arte ha señalado y retratado el tipo criminal antes que lo encontrara la antropología, y baste recordar el Caronte del «Juicio» de Miguel Angel, los esbirros del «Martirio de San Lorenzo» de Tiziano, el Judas de la «Cena» de Rafael, el Olofernes de la «Judith» de Rubens y los verdugos del «Martirio de San Bartolomé» de Riben, para quedar convencido.»

Desde la observación de Lombroso algunos de los estudiosos de la escuela positiva consagraron sus pacientes tareas á anatomizar y clasificar esos tipos artísticos en las obras de los artistas más grandes del pasado y en la de aquellos entre los contemporáneos que mayor ingenio revelaron en la tarea ardua y peligrosa de conquistar el sufragio del público.

Y de esa labor ha resultado, *a priori* diríamos, la constatación de que existe un arte verdadero—el único armonizable con la ciencia—que posee la intuición penetrante del mundo y de la vida, que sabe descubrir é interpretar las grandes fuerzas latentes en los problemas psicológicos y sociológicos, que, si quiere ser arte verdadero, deben preocuparle tanto como á la ciencia misma; arte diferente de todos los espasmos de la lírica enfermiza que da calor á ciertos espíritus en las épocas de decadencia: calor de fiebre que consume y devora preparando la frialdad de la muerte, celo de doncella hermosa pero estéril, que muere sin dejar huella de su paso en el mundo de los vivos. Este es arte crepuscular, canto de buho, lamento de moribundo; aquél es arte imperecedero, que retrata los tipos psicológicos y la vida social de una época: arte de Homero, Dante, Shakespeare, Ibsen, Zola.

Es así que *Ferri* estudió al delincuente de sangre en la tragedia y en el drama: Macbeth, Hamlet, Otello, Los Bandidos, La Muerte Civil, Nerón, Cavallería Rusticana; en las novelas judiciales de Gaboriau y Sardou; en Hugo; en la novela contemporánea de Zola, Bourget, Copée y D'An-

nunzio; y, finalmente, en el arte septentrional representado por Ibsen, Tolstoi y Dostojevsky. *Alfredo Niceforo*, con fino olfato psicológico, se internó en los ciclos abracadabrantes del Infierno para investigar las modalidades de los «criminales y degenerados en el infierno dantesco». *Scipio Sighele*, disecando la obra de D'Annunzio, reconoció en Juan Episcopo el tipo del neurasténico moral que, con Julio Wanzer, constituye una «pareja degenerada» típica; en el Tulio Hermill de «L'Innocente» está el delincuente nato, con su completa anestesia moral; en el Jorge Aurispa, del «Trionfo della Morte», la locura abortiva. *Ezio Sciamanna* en la Isabel de «Sogno d'un mattino di Primavera», encontró un tipo de demente de una irreprochable exactitud psiquiátrica. *Renda y Ziino* demostraron en Otello el delincuente por pasión, en Macbeth el delincuente nato y en Hamlet el delincuente loco, insuperablemente diferenciados por Shakespeare.—*Patrizi* en la enfermedad de «Demailly», de los Goncourt, constata todo el cuadro nosológico de la epilepsia; en la María Gaucher de «Sœur Philomène» la histero epilepsia con manifestaciones místicas; en «Madame Gervaisais» otra neurosis mística; en «Germinie Lacerteux» y «La fille Elise» dos histero-epilépticas, ambas criminales, la una ladrona y la otra prostituta y homicida; en «La Faustina» la protagonista es también una psicópata que presenta ecocinesias ó hipermimias especulares.—*Laschi* encontró al criminaloide bancario en «Robert Macaire» de Lemaitre, en «Mercadet» de Balzac y en Saccard, de «L'Argent», de Zola; y en la creación de Juan Gabriel Borkmann de Ibsen no falta uno solo de los caracteres del especulador deshonesto y sin escrúpulos.—Y para no extender este cuadro sintético más de lo que conviene, saltemos por sobre los trabajos análogos de *Morselli, Bianchi, Lombroso, Richet, Garofalo* y otros, para pasar á comprobar la verdad de ese paralelismo en las conclusiones del arte y la ciencia, en una de las obras maestras de nuestro siglo que han tenido mejor éxito, alcanzando la honra de ser universalmente conocida, y que, gracias á la labor inteligente del profesor *Leggiardi Laura*, resulta una contribución poderosa á la confirmación de los caracteres científicos de los tipos delincuentes, gracias á la intuición genial que tuvo de ellos Alejandro Manzoni. (1)

José Ingegnieros.

(1) Continuará en el próximo número.

NOCHE PRIMAVERAL

Para Manuel J. Sumay.

Oficia el Rey Amor. La luna llena
tiende sus gasas en la noche quieta,
y flotan en la atmósfera serena
caricias de Cleopatra y de Julieta.

El beso de pasión de Margarita
vibra del bosque entre el calado encaje,
y se oye en la glorieta de la cita
el roce de la seda entre el ramaje.

Roto joyel de fulgurantes gemas
fingen el cielo y los brillantes astros,—
vaporoso tisú de crisantemas
sobre un muro de jaspes y alabastrós...

Oficia el Rey Amor. El alma, en vela,
busca en la selva dulces embelesos,
y es cada coche que á Palermo vuela
un nido de caricias y de besos.

Cubre ligero tul alabastrinas
y palpitantes suaves desnudeces,
bajo un palio de aljabas y glicinas,
donde brinda el amor sus embriagueces.

El misterioso estambre de la vida
tejen las Parcas en su cripta oscura,
mientras la sierpe del Edén anida
del perfumado huerto en la espesura.

Psiquis, oculta, su cabello ondea
en tanto el hada de la muerte hermana,
nuevas Ofelias sin cesar moldea
con albos lirios y candente grana.

Sobre las flores que en las tumbas viven,
Amor derrama su fecundo riego;
y las funéreas llamas se persiguen
cual brillantes libélulas de fuego.

Y hasta en las almas huérfanas y solas
que en honda noche á sepultarse empiezan,
dulces recuerdos, en revueltas olas,
á las difuntas ilusiones besan!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON,
Uruguayo.

Buenos Aires, Octubre 22 de 1899.

ROSAS CHURRIGUERESCAS

(DE «EL LIBRO DE LAS ROSAS» —INÉDITO)—

A mi amigo literato Victor Rosas Pizarro.—(Santiago).

No tuvo empacho el genial Lope de Vega para comparar a una gata con la reina de los pensiles. ¡Brava comparacion!

En su famoso poema burlesco, gloria de Marramaquices i Zapaquildas, leeréis vosotros, si os place:

«Aviso tuvo cierto de Maulero
(un galo de la Mancha, su escudero)
que al sol salía Zapaquilla hermosa,
cual suele amanecer purpúrea rosa».

Con lo que dejó muy trillado el camino para decir a las hijas de Eva, tratando de echarle flores, *rositas de Abril o de Mayo*. Porque al fin i al cabo, por muy felinas que sean, ellas se merecen calificativos más primorosos que no se adapten a las de tejas arriba.

Lo de Lope fué un sacrilegio, *casi*.

Tanto más cuanto que las rosas también son, por su parte, algo celosillas de su buen nombre, como lo acredita Ruben Darío, que razones tendrá para saberlo, cuando sale garante de las murmuraciones de las rosas contra las camelias, que testigos fueron de los escandalosos amores de la inmortalizada señorita Duplessis del *chico Dumas*.

«Allí pasó, entre sus innumerables compañeras, la heroína de Dumas, en la mano una de sus flores preferidas, que han adquirido, por otra parte, a causa de su recuerdo, un renombre no mui angelical, a punto de que se murmura de ellas en el círculo de *las nobles rosas* i de las honradas violetas».

Pero, si bien se mira, hai doncellas que hacen cera i pabilo de las pobrecitas.

Cual la que no se quita a sol ni a sombra la rosa blanca del pecho, para que conste á los interesados que «la casa se alquila».

O cual la otra que va por esos trigos con una rosa encendida, que grita:—bomberito, que me quemol

Pues las flores se pintan ahí tan a lo vivo, que son capaces de ir ensartando corazones en las espinas.

I en lo de pincharse nadie, por más de guardacantón que se las gaste, puede exclamar:—De esta agua no he de beber!

Hai que andar con más tiento que el andaluz aquel, avisado hasta pasarse de listo, que, refiriéndose á los *bordados de su hija*, sostenía no haber jamás puesto los dedos en los *almohadones* que la artista recamaba de rosas primaverales, por temor de clavarse...

Mas, si condenado queda el autor de la *Satomaquia*, no sería él solo que hubiese de ir a purgar su delito ó gatuperio en el infierno, en esa mansion sombría, terrible porque ahí no hai rayos de sol ni florece una rosa para remedio.

Vital Aza, por ejemplo, merece excomunió a velas apagadas, como reo de licencia (iba a decir libertinaje) poética imperdonable, al estropear en los jocosos versos que siguen a una doña Rosa que se preciaba de llevar este lindo nombre:

«Doña Rosa la orgullosa,
que funda su vanidad
en tener nombre de *Rosa*,
es la mujer más tramposa
de toda la vecindad.

Tiene cuentas con cuarenta,
i hoi al ir con una el hijo
del inglés que más la afrenta,
—Doña Rosario,—le dijo—
vengo otra vez con la cuenta.

—Me llamo *Rosa*, insolente!
Y él la contestó prudente:
—¿Qué tiene de extraordinario
que la llame a usted *Rosario*,
con tanta cuenta pendiente?»

Caso que podría aplicarse a más de una *Rosita* con cuentas de amor, que difiera el *cancelliamo*, corriendo el riesgo de tener a la postre que rezar el *rosario* sin *Gloria Patri*...

Aún más irrespetuoso que los anteriores ha sido don Manuel del Palacio, que se permitió (no me lo van á creer ustedes!) erigir un pedestal a la más indigesta fruta de este mundo (sobre todo tratándose de novios...) con menosprecio de las rosas, sin exceptuar ni siquiera á las más aristocráticas que brillan en ricos jarrones de Sévres.

Es un dialoguito en una exposición de horticultura:

— Yo soi la *rosa de Alejandria*.

— Mui apreciable señora mía, yo soi el lirio.

— Yo el aléll.

— Yo la modesta *rosa de cría*, á la que llaman *pitimint*.

— Yo tengo aroma, tengo colores.

— Yo valgo mucho más que las flores.

— Pues, tú quién eres?

— Mírame bien;

la calabaza de mis mayores,
i buena historia tengo también.
Sirvo de vaso para el camino,
al carretero i al peregrino;
i soi la exacta caricatura
de la cabeza de algún vecino
por el talento i por la figura.»

¿Qué tal con las irreverencias de don Manuel?

En los buenos tiempos del Consulado en Francia sabían considerar i estimar a las rosas en lo que valen. Ninguno se habría atrevido a sacarlas de su trono.

Así recuerda Francisco Coppée la frase de cierto galante ya entrado en años (¿cómo se expresarían los mocitos?) que ofreció una rosa a bellísima dama, con estas palabras:

— «Permitidme el devolveros a vos misma».

El gomoso sabia colocar los puntos sobre las tes. No ignoraría acaso que en Grecia el primer pintor de flores fué Pánsias, i como gozaba anteriormente gran fama de

pintor de mujeres, los atenienses le dedicaron con tal motivo un delicado epigrama. Dijeron de él que seguía pintando lo mismo, sólo que había cambiado de modelo.

Por lo demás, para consuelo de los amadores de las rosas (que son algunos) i de sus adorables símiles... la literatura decadente se esmera hoy en estrujar toda la miel hiblea de las bellas flores.

Son mis socorridas frases como éstas:

«Coloréanse sus mejillas como bañadas en un óleo de rosas».

«En sus pálidas mejillas (rosas que se agostaron en esto)».

«Como era tu alma antes del día en que bebiéramos juntos el ardiente licor perfumado de rosas».

«Blanca como un mármol en esto bajo las rosas».

«Sus preciosos aéreos versos llenos de besos y de rosas».

«El suave cutis de su cara, como teñido en los pómulos por la sangre de un sacrificio de rosas vírgenes».

I las preciosas, fragantes flores guardan en el relicario de su dulce cáliz las ofrendas del decadentismo! Resignadas u orgullosas?...

Clemente Barahona Vega,

Chileno.

Santiago de Chile, 1899.

LA MUSA DE LA PLAYA

A Manuel J. Sumay.

¡Montevideo. Edén. Ninfa encantada!
Allá está la ciudad de mis amores,
Cual desnuda odalisca recostada.
En un diván de espumas y de flores.

Es cual la blanca novia que en sus bodas
Le da una flor al pensamiento mío;
Su cerro altivo es el titán de Rhodas,
Con un pie en el jardín y otro en el río!

¡Qué hermosa noche! La natura sueña,
La brisa ensaya tristes barcarolas,
Y temblando se duermen en la peña
Las gaviotas, jazmines de las olas.

En su carro de conchas y corales,
Embriagado, Neptuno se pasea,
Mientras Venus con perlas orientales
Forma el lecho en que Adonis se recrea!

¡Oh musa de las blancas perspectivas,
En esta noche en que al amor me entrego,
Parecen las estrellas fugitivas
Serpentinas de luz, rosas de fuego!

El céfiro remeda los suspiros
Con que las perlas de tu llanto enjugo:
Riman los astros versos de zafiros,
El mar es una hipérbole de Hugo!

Las nubes son esquifes de Venecia.
En la inmensa extensión Shakespeare palpita,
Y Sirio es el espíritu de Grecia
Que extiende su parábola infinita!

Ya está pronta la barca. El mar sereno,
Abrillantado por la luz del astro,
Menos se agita que tu virgen seno
Y te arroja guirnalda de alabastro.

Llega la onda á la dormida roca
Como una virgen pálida y sumisa,
Semejando un cristal que cuando choca
Prorrumpa en notas de bullente risa.

La luna envuelta en blanquecino velo
Penetra en el misterio más profundo:
Es una novia que recorre el cielo
Desgranando azahares sobre el mundo!

Es Euridices que con ansia suma
Busca á su Orfeo, por las playas solas:
Leandro envuelto en luminosa espuma
Flotando inerte en su ataúd de olas!

Dormidos lepidópteros de fuego
Componen la vía-láctea, inmenso coro
De burbujas de lumbré que el dios Juego
Formó al soplar en su instrumento de oro.

¡Huyamos, Musa de los sueños míos,
Que todo causa en este mundo enojos;
¡Que formen tus pupilas los dos ríos
Que desaguan sus luces en mis ojos!

Cuando en el mar de tu pasión navego
Olas tus senos son de mis ardores,
Tus ojos brillan como extraño fuego,
Y tus mejillas cual sangrientas flores.

Tal vez entre esta onda cristalina,
Que la Flora del mar riza y perfuma,
Se aproxima temblando alguna ondina
Y te arroja mil pétalos de espuma.

¡Oh, desliza tu pie por esta playa.
Si la onda te hamaca en su reflejo,
Es que al verte tan bella se desmaya
Y se transforma en un brillante espejo!

Ese rumor que hasta nosotros llega,
Y que parece el grito del desierto
¡Es el lamento de la heroína griega
Al encontrarse con su amante muerto!

Hero se queja y llora entre esa roca
Que semeja el titán del heroísmo,
El diente negro de la inmensa boca
Que abre al rugir el monstruo del abismo!

Arde la linfa y á tus plantas bulle;
Tengo celos. ¡Huyamos de esta orilla:
Tengo celos de todo lo que ebulle,
Tengo miedo de todo lo que brilla!

Con esas eucarísticas espumas,
Arabescos flotantes de azucenas,
Se formó la epidermis de las brumas
Y la carne sensual de las sirenas.

¡Mira ese mar de curvas intranquilas;
Desde que Venus se bañó se ondula,
Desde que Venus dióle sus pupilas
En la pupila del cenit se azula!

Formemos, Musa, en esa barca un nido.
Ya duermen las Euménides, tranquilas:
¡Yo me salvo en el mar embravecido,
Y me pierdo en el mar de tus pupilas!

Forme esa barca nuestro errante lecho,
Sobre esa patria de Nereidas solas:
¡Yo le temo á las ondas de tu pecho
Mucho más que á la furia de las olas!

¡Qué hermosa eres; tu cabello rubio,
Besando el raso de tu seno breve,
Es un fleco de lava del Vesubio
Que cae gentil sobre un montón de nieve!

Tus ojos fueron hechos con el velo
Que cubre el rostro de la diosa Idea
¡Con el acero del puñal de Otelo,
Y con fiebres de Safo y de Popea!

Es tu boca incensario que se inflama,
Es tu aliento un incienso de delicias:
¡Dame tu boca que parece llama
Hecha para quemar muchas caricias!

Ya está pronta la barca. El mar sereno,
Abrillantado por la luz del astro,
Menos se agita que tu virgen seno,
Y te arroja guirnaldas de alabastro.

¡Oh! deja, deja que en tu pecho ahonde
Mi amor ideal, cual fulgurante quilla:
¡Tu boca, como el mar, perlas esconde,
Y tu pupila, cual su abismo, brilla!

¡Vamos andando, oh luz de mi delirio,
Vamos, camina; si tu pie resbala
Algún Tritón lo ha de tomar por lirio,
Alguna flor lo ha de tomar por ala!

Como ese mar es mi divino empeño,
Como ese cielo que tu vista abarca:
¡Tu eres la brisa que me impulsa á un sueño!
El mar la vida y mi ilusión la barca!

¡Crucemos ese mar azul y hondo;
En él derrama el cielo sus estrellas:
Yo crucé el de tu amor; nunca hallé fondo
Pero en cambio encontré cosas muy bellas!

¡Escucha; el universo es poesía.
Dios canta su divina serenata;
La playa es un gran piano de armonía,
La luna es una hipérbola de plata!

¡Ven, nuestras vidas á ese mar confíemos;
Mi corazón para ese mar te quiso:
¡Si forman nuestras almas los dos remos
Ha de llegar la barca al paraíso!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

LA LIRA SILVESTRE

DESDE MI RANCHO

Al señor don Tulio Freire.

Se me ha brindado con tanta solicitud este albergue; se me han dispensado tantas atenciones en él, que á fuerza de oír repetir á su dueño—«esta casa es suya», he llegado á creer que realmente me pertenecía. —Después de todo, un rancho no es un palacio, —aunque á juzgar por la tranquilidad y la dicha que imperan dentro de sus muros, nadie sería capaz de sostener, que en este pedazo de tierra no debió edificarse un edificio suntuoso. ¿Será que la felicidad es la sencillez de la vida? ¿una vida sin complicaciones y sin cadenas? — Los formulismos sociales reducidos á la simplicidad más encantadora; la alegría, reina de todas las almas, y el Sol, alma de todas las alegrías. Aquí, «lejos del mundanal ruido», «el silencio se oye» como dice Balzac. El espíritu, engañado por las agitaciones de la ciudad, empieza recién á darse cuenta de que tiene cuerdas ocultas que no han vibrado, y siente, con extrañeza, una predisposición hacia las cosas grandes, el deseo de demostrar benevolencia y generosidad, aun con los más crasos errores, con el más feo de los delitos. La máxima de madame De Staël triunfante: «comprenderlo todo, es perdonarlo todo». — En este paraje abrupto, junto al río que se encrespa, bajo el aletazo del viento sur, ó que se duerme sin rumores en el alvéolo de sus arenas, cercado por médanos de stílex, lucientes como chispas, — desaparece la fatiga, conjuntamente con la idea de que hay partes del mundo, conmovidas por la explosión de las pasiones humanas, donde los hombres azotados por la ley de Hobbes, se devoran como lobos carnívoros. Las teorías de Shopenhauer que someten la vida de los seres al imperio del «genio de la especie» y las de Max Nordau, á una especulación, sin vínculos y sin ideales, resultan inconcebibles, como si la Naturaleza, más fuerte que todas las reflexiones y que todas las doctrinas, quisiera restablecer la verdad, única y noble, abriéndonos el secreto de los móviles, más puros

y más buenos que lo que supone la filosofía de los escépticos. Al pensar así, ¿me siento impelido por mi temperamento, que ha encontrado su ambiente propicio, bajo la influencia del medio, — sonando como un arpa eólica, al soplo de ráfagas Lamartineanas? La trova pastoril surge espontáneo, como un sonido de la flauta Pánica y la vista busca ansiosa, en las taperas abandonadas, entre los terrones reverdecidos, las leyendas de los idilios fantásticos ó el madrigal de los amores primitivos. El panorama los provoca y la imaginación les da formas impresionables. — Es que difícilmente habrá otro paisaje, ni tan silvestre, ni tan romántico, ni tan humano, al mismo tiempo, como éste. — El rancho se levanta sobre una colina, dominando la llanura infinita. Es un asilo cubierto de verdes, porque hasta la paja mansa del techo, ha perdido la señal de las quinchas, bajo las enredaderas de ñapindá florecidas. Los adobes del muro se visten también al calor primaverales que todo lo fecunda, asomando por las junturas los tiernos brotes humedecidos por el relente, y hasta en el horno, que muestra por la boca los terrones ennegrecidos — brota la borraja cimarrona, adornada de florecillas celestes. — Bajando la cuesta, se ven los tajamares encajonados entre las colinas turgentes, dormidos y silenciosos, respetados por el viento que barre las cumbres y dobla los arbustos flexibles—y enfrente, el agua de la cañada rumorosa, entre los claros del juncal y las hojas frescas de los camalotes azules. A la derecha del rancho están los médanos dorados, y el monte alto y tupido que los corta, para extenderse como una faja ondulante, hasta más allá de la cuchilla, en el último límite del horizonte visible. De la parte más angosta del río, se desprende un brazo caudaloso, de linfas puras, también de márgenes frondosas, — y de éste, un arroyuelo que corre á flor de tierra, ensanchándose en los terrenos llanos, formando el bañado, donde los albardones, mostrando las raíces de las plantas raquíticas, dividen la orilla del estero en innumerables charcos, transparentes como *aquariums*, en los que pulula el vivero de los peces minúsculos y de los animalitos invisibles que alegran las noches estivales con sus eternas sonatas, mezcladas al coro wagneriano de los bactracios cantores.

En un recodo, el tupido pajonal amarillea, enredado como melena hirsuta. Es la guarida de los seres uraños, predilectos de la sombra. Bandadas de pájaros extraños

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



SANTIAGO MACIEL

suelen poblarlo en los días grises, cuando el pampero revuelve la maraña con sus zarpazos de fiera, silbando en el filo de las totoras y aventando los llantenes y los caraguatás recién brotados. Los pobres pájaros de manchado plumaje y de canto inarmónico, vuelan con dificultad, empujados por las rachas violentas, buscando el abrigo del nido entre los matorrales oscuros, que son el monte impenetrable de las aves pequeñas. Pero cuando el sol calienta el llano, secando los tallos que humedeció la lluvia, los alados habitantes del estero, se desparraman alegres y bulliciosos, en persecución de los insectos nadadores, de los aguaciles de ojos opalinos y alas tornasoladas, de las moscas azules del pantano y de los ovarios lechosos de las hormigas coloradas. El estero se prolonga hasta la misma falda de la cúchilla, inmóvil y aparentemente sin vida. Pero penetrando en él, aquella agua estancada se agita y mil seres, casi invisibles, se dispersan al rumor de mis pasos. Los viscosos saguaypés, se escurren, ocultándose bajo la miserable vegetación, blanda y gomosa; los renacuajos saltan, zambulléndose en el charco; el apereá huye rápidamente por entre las pajas buscando la cueva; mil bichitos cascarudos se deslizan, escondiéndose en las grietas del albardón mojado, en tanto que de un rincón donde el pasto es más abundante, se levantan las becacas, describiendo espirales, para volver á posarse cerca del lugar de donde salieron,—y los patos silvestres, de cresta roja, y alas de viguá, hienden el espacio, en bandadas oscuras, dirigiéndose al tajamar más apartado, ó al arroyo de altas barrancas, asilos seguros, en cuyas aguas cristalinas, abundan las mojarras de brillantes escamas, y los huevos rosados que adornan el tallo de las achiras siempre verdes. Pero el agua mansa, de fondo cenagoso, que durante el verano parece estar cubierta de polvos verdosos, crece y se desborda, cuando las lluvias son torrenciales. Entonces el bañado se dilata, agrandando enormemente su imperio; se une al arroyo, que ha salido de cauce para alcanzarlo, y éste, á su vez se junta con el río poderoso y rugiente. Ya tiene olas, ya es mar, ya es grande y toma el desquite de su pasada mansedumbre, inundando el campo hasta llegar al mismo rancho, cuyos muros socabados, ceden y se desploman para ser arrebatados por la corriente bravía. Ahora reposa casi exhausto. Su caudal apenas alcanza para mojar las raíces de los laureles blancos y para cubrir el gramillal enano y descolo-

rado. Lo cruza sin temor el charabón recién emplumado y el ternero se interna en él, ávido de hierba fresca y jugosa, mientras la tampera lo vigila desde la orilla, rumiando y rugiendo á cada instante. Sobre la inmensa superficie líquida, extendida como lámina transparente, á través de la cual se ve el pasto marchito, blanquean las osamentas de los animales, caídos en la trampa del tembladeral oculto bajo la hierba. La cigüeña,—el ave-reina del bañado—enarca su largo cuello, mirando fijamente el charco que tiene delante, y la garza de albo plumaje, ejercita sus alas, calentándose á los últimos rayos del sol que desaparece detrás de las lomas azuladas. El calor estival hace fermentar las algas muertas y el agua empozada entre los albardones y en los huecos que ha dejado la pisada del vacuno, toma tintes amarillentos. Los juncos secos y fragmentados, cubren los parajes altos; semejando hormigueros gigantes y en la orilla, se amontona la rasaca arrojada por las grandes crecientes del invierno. Todavía la tampera rumia y muje y el ternero aún no satisfecho devora los retoños. La sombra crepuscular baja lentamente de la sierra como telón fantástico, cubriendo el amplio escenario del estero. Una bandada de patos, formados en columna, avanza silenciosa en dirección al tajamar lejano. Otra de chorlos reales, se posa en el bañado diseminándose, y hundiéndose en el agua sus finas zancas. Un potriillo penetra á la disparada, levantando al galopar mil gotas que lo salpican. Llega la hora del reposo para los campos; el estero parece adormecerse, perdiendo el brillo de sus charcos inmóviles. Sin embargo, todavía el agua se agita y el pajonal se estremece. La sombra estimula el apetito de los animales nocturnos. Entre un matorral chispean los ojos de un zorro hambriento, esperando el momento propicio para entregarse al merodeo. Una nutria sorprendida, se arroja desde una pequeña barranca al charco más hondo y el dormilón revuela su continuo giro ngachando la cabeza chata en observación de la presa. El bañado se esfuma en la oscuridad que cada vez se hace más densa y comienza á vibrar monótonamente la eterna sonata de los animalitos ocultos que alegran las noches estivales, mezclada al coro wagneriano de los bacracios cantores. A la distancia brilla una luz. Es mi rancho que se ilumina. Es la dicha del hogar, que me espera.

Santiago Maciel.

NOCTURNO

Para Elena.

Cae la tarde como un misterio sobre las frondas,
Las flores cierran lánguidamente su fresco broche;
Suelta la núbil morena virgen sus trenzas blondas
Mientras extiende su velo opaco la viuda Noche.

Luego la hermosa, la argétea Luna surge en los prados
Como una queja, como suspiro de una alma en pena;
Ledo murmura la blanda brisa por los collados,
Vaga armonía de secas hojas los aires llena.

Cruzan los cielos, fugaces, rápidos, como un meteoro,
Los negros buhos presagiadores de las desgracias;
Y los cocuyos, con brillo suave de estrellas de oro,
Llenan las frondas donde se ocultan vírgenes gracias.

En los cristales móviles, claros, de la laguna,
Como una garza de níveas plumas, va una piragua:
Son dos amantes que van en brazos de la Fortuna
A los países de los ensueños surcando el agua.

Van á esa tierra donde florecen las centifolias
Que tienen labios como los labios de las Vestales;
En donde suenan liras eternas, arpas eólias;
Donde el misterio, donde el prodigio sentó sus reales.

Cómo reboza mi amante pecho de amarga pena!
Cómo mi alma por ti se agita, por ti, mi dueño!
Ah, qué no diera por ir contigo, mi hermosa Elena,
Al ignorado y apetecido país del sueño!

Horacio Olivos y Carrasco,
Chileno.

A bordo de la « Esmeralda » — Valparaíso, Octubre del 99.

DE MI CARTERA

(Continuación)

Hay una idea que alienta y vigoriza á todas las ciencias
que tienen un objeto viviente. Mirada hasta hace pocos

años como una teoría puramente especulativa, apenas existe ramo del saber humano al presente que pueda prescindir de ella por completo. Aplicada primitivamente á las ciencias físicas y á la historia, ha ocasionado el olvido, creciente de día en día, de todo principio rutinario y abstruso del antiguo filosofismo. Hoy, en historia natural, ha echado por tierra el dogma de la inmutabilidad de las formas de la vida; en psicología y fisiología, borrado diferencias químicas; en química, allegado lo inorgánico á lo orgánico y unificado la ciencia; en historia, destruido la uniformidad de las épocas; en lengüística, dado impulso prodigioso á la ciencia y prestado ayuda inmensa á la erudición; en política, dado la solución al problema de los fines del Estado; en las artes, sustituido muchas fórmulas *á priori* sin sentido con verdades deducidas de los hechos; en sociología, derecho, astronomía, física, moral, en cuanto ha sido aplicada, evidenciado que el orden del Universo no es más que una serie de mudanzas y proclamado en todas partes el triunfo de la razón y de la naturaleza. Esta idea, este hecho, esta teoría, que así lo ha mudado y trastocado todo, tiene por autor un filósofo digno de ella: Heráclito, y un nombre respetado: la evolución.

Semejantes á los ángulos que se hacen en los quesos, hay individuos que comienzan siendo agudos y terminan por ser obtusos.

La oposición que existe entre lo que somos y lo que anhelamos ser, se vería claramente si pudiera presentarse en un solo cuadro la humanidad con sus aspiraciones. Si tal sucediera, por lo inmenso de la distancia y la paciencia boyuna con que lo sobrellevamos todo la mayor parte de los hombres, pareceríamos monjes en peregrinación ó santos que miran con desdén los sufrimientos y miserias de esta vida transitoria.

Cuéntase que Cleombroto de Ambracia, cuando acabó de leer el Fedon de Platón, corrió al mar y en él se arrojó de cabeza para llegar más pronto á la vida mejor que anunciaba en su diálogo el gran filósofo ateniense.

¡Cuántas obras modernas, escritas para deleite del público, provocan en muchos de sus lectores impulsiones análogas!

Luchar, siempre luchar: tal es la dura ley de la existencia humana. Pero hay instantes en que el alma cae bajo el peso del desaliento, como caen las velas de una nave cuando cesa repentinamente el viento que feliz la conducía.

Si un beso suele ser una escalera para el crimen, no pocas veces también es el amor coronado por el símbolo de la fe. Si quema el que alienta el delito, no mancha el que arranca el amor. El rayo, cuando es conducido por el hilo del pararrayos, atraviesa la pólvora sin inflamarla.

Todo camino que conduce á feliz término está sembrado de abrojos: esto es sabido. El toque está en pasar por encima de ellos aplastándolos, ó en saberlos hacer á un lado con la punta del pie.

De los hombres se puede decir lo que un discreto de las campanas de los entierros: *tantum valent, quantum sonant*.

Pocos son los hombres que no se creen merecedores de los puestos más elevados y de las más altas dignidades. Pocos los que saben verse de tamaño natural en el espejo de su vanidad infatuada.

Como los estados de los cuerpos en la naturaleza, cuatro son las clases de hombres: sólidos, con forma propia; éstos piensan por sí mismos; líquidos, que toman la forma que piden las circunstancias; gaseosos, que, ligeros como el humo, se inflan y expanden naturalmente; y etéreos, que se caracterizan por estar en todas partes y no dejar huella en ninguna. Conozco muchos de las tres últimas categorías y muy pocos de la primera. Pero los sólidos, con ser menos y ocupar menor espacio, incomodan más.

Acusado de locura por sus hijos, Sófocles no presentó otra defensa ni otra prueba que su Edipo. Tengo para mí que muchos poetas contemporáneos no se atreverían en caso semejante á someterse á la prueba del ilustre trágico griego.

Con un hecho, con un ejemplo aislado se puede sostener cualquier doctrina por extravagante y disparatada que sea. Pero es necesario convenir en la verdad de una teoría ó en la excelencia de un sistema cuando á comprobarlos conspiran toda una hecatombe de pruebas, que diría Sarmiento.

Ni Víctor Hugo con su Marion Delorme ni Alfredo de Musset con su Rolla, ni Alejandro Dumas (hijo) con la Dama de las Camelias han logrado, «rehacer una virginidad». Han confirmado, por el contrario, con sus tentativas, que de tejas abajo la irrevocabilidad es el carácter dominante en materia de honra.

Muchos hablan siempre de un modo obscuro ó enigmático é incurrir en contradicciones, para después decir, si la cosa falla: ¡lo había predicho! si consigue éxito: ¡lo había anunciado!

No resolverse á hacer algo en la esperanza de poderlo hacer mejor, es imitar á aquel loco que andaba siempre desnudo esperando la última moda.

Nada más á propósito para poner de relieve la volubilidad de las mujeres, que el hecho siguiente: cuando quieren ponderar una flor, si es artificial, exclaman: ¡parece del tiempo! y si es del tiempo: ¡parece artificial!

Para vagar en alas de la imaginación por los espacios atmosféricos, suele bastar á veces la lira pedestre de un poeta vil: para ser poeta en la tierra, verdadero poeta, hay que unir al corazón de los ángeles los músculos de acero de los cíclopes.

Las mejores fortalezas, las que han acobardado á los sitiadores, no han sido murallas inexpugnables, ni fosos ni ejércitos numerosos, disciplinados y simétricos. Las mayores garantías han residido siempre en el corazón de los buenos hijos de la patria.

(En el verso de la portada de la obra de D. José M. Cabezón Peña, sobre Lourdes, de Zola.)

He leído en las Partidas, que «los sabios antiguos... non tuvieron que era cosa con guisa nin que podiese seer con derecho dar un home á otro lo que non oviese.» (Part. 2, tit. 21, ley 11.) Y esto, que era cierto en la caballería, es una verdad de aplicación diaria en la literatura. Para juzgar de las obras del ingenio humano y darles el valor merecido, es necesario poseer talento y participar de sus múltiples propósitos. No es dable á las inteligencias vulgares ponerse al unsono con el genio, ni al necio con el discreto, ni al ignorante y vulgar con el sabio. Ni da ni quita reputación el que quiere, sino el que puede. Y hay en literatura, como los ha habido en la caballería, gigantes descomedidos, y soberbios que han desobedecido el precepto de ser armados caballeros, convencidos de que no existía en el mundo quién fuese digno de ponerles las armas ni de darles la pescozada y el espaldarazo.

Carlos Martínez Vigil.

CAEN LAS HOJAS,

caen los líricos caireles musicales!
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esmeralda,
los timbales de topacio, las sonoras filigranas,
las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico.
Lluven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos,
de corolas afelpadas, de liliales flores puertast!
Lluven lluvias sobre el lago y el jardín se aterciopela.

II

Esquisitas manos suaves con sus guantes acarician
la lujosa empuñadura de las dagas merovingias,
de los ricos nacarados estiletos de los Borgias.
Esquisitas suaves manos asesinan á las hojas,
asesinan los pimpollos corazones amatistas:
Y los pajes engalanan y perfuman las vitrinas

de floridos filamentos de campánulas de seda,
de pompones de amapolas y *bouquets* de crisantemas.

III

En las salas del palacio y en el parque de cristales
galantean las marquesas empolvadas de diamantes
y los duques reverencian á las rubias cortesanas—
—blasonados figurines de condal peluca blanca—
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!
y al amor de los balances de los finos contrabajos
de los dulces mandolinos, de las arpas, de las violas,
bailan rítmicas parejas el compás de las gavotas.

IV

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras...
¡El otoño es en las flores!

Bajo el sol de las glorietas
entre pétalos difuntos de verbenas y magnolias
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada *terra-cotta!*

Vidal Belo.

Octubre del 99.

LA VENUS DE MILO

(A mi querido amigo el pintor nacional
don Juan M. Blanes).

Nunca bastante ponderado sea
aquel oscuro campesino griego,
que haciendo verbo celestial idea,
de fuerza superior, agente ciego,
desenterró la estatua portentosa
que estuvo dos mil años sepultada,
y surgió de su fosa
para dejar la humanidad pasmada.

La concepción de la belleza entonces
á la altura llegó de lo sublime;
dóciles á una mano que no oprime
giraron con placer sobre sus gonces
las puertas del recinto de la Fama;
y el Arte, revestido
de sus galas, con séquito elegido,
batióle palmas y pasóla al drama.
Y la Venus feliz del Capitolio,
Y las otras, prodigios de estatuaria,
cayeron de su solio

relegadas á fila secundaria,
para ceder el sitio preferente
al modelo dinástico,
A la Venus de Milo, aquella ausente
reina del arte plástico.

Ricardo Sánchez.

1890.

HELÉNICA

Es un claro de luna: al manso río
lo mece un aire fresco
y las ondas remedan la armonía
de los versos de Homero.

Perfume de los pámpanos floridos
van por el aire envueltos
con rumores de músicas lejanas
de raros instrumentos.

La encantadora Leda está en las ondas
que refrescan su cuerpo
y acarician las tersas morbideces
de sus contornos griegos.

Agitando las alas, suavemente,
sin turbar el silencio
el Cisne llega hasta la hermosa Reina
en brazos del deseo.

En grupo de alabastro palpitante,
se confunden sus cuerpos...
¡oscura nube interceptó á la luna,
velando ese misterio!

Y hay en las glaucas ondas un idilio
(que ha de cantar Homero)
entre el ave de armiño y esa Reina
de contornos griegos!

José Cibils.

Rosario de Santa-Fé.

¡FAMOSO DON!

(Continuación)

A su saludo, Marcelito contestaba como saliendo de un sueño, como resucitando de otra vida, extraña, más superior; á la que sentía necesidad de volver, y á la que tornaba, efectivamente, al poco rato, conduciendo á su amigo en la conversación. La vida, ese mundo ideal, eran aquellos libros, eran esas novelas. Y Barruel pensaba en la admiración que le producía el ver que, á Marcelito, lo que le hacía delirar de entusiasmo, no era el talento poderoso de los autores que lo tentan, ni la hermosura del estilo con que las obras estaban escritas, ni el estudio detenido y concienzudo que se revelaba en las páginas, ni la observación, ni el análisis... ni nada de todo eso que forma el manjar de los que se extasían paladeando una novela buena, sino «¡los predestinados para hacerse amar arrebatadoramente», «los grandes tipos poseedores del don de enamorar!» como él decía incorporándose en el sillón y levantando el brazo derecho tembloroso, y que él veía pintados en aquellas obras... Aún le parecía verle delante, juntando las manos en un arranque casi religioso para exclamar:

—¡«Bel ami»! ¡Ah, «Bel ami» es sublime!—y después de esto, que era el comienzo de su monólogo, seguía:—El «Demetrios» moderno... ¡Demetrios! También ese; pero Pierre Louys lo ha ido á buscar tan lejos!... Allá á Alejandría... No, los grandes tipos poseedores del don, son los modernos: algunos de Maupassant, ó de Bourget, ó de Alfonso Daudet... pero, sobre todo «Bel ami»; es inútil buscar otro mejor.

Tener una mujercita adorable, un nido clandestino. ¡Qué delirio! ¿Dónde se pueden encontrar aquí, en Montevideo, esas cosas? Aquí, aunque el don de enamorar sea admirable, en uno, ¿cómo ha de ser posible lucirlo? El medio ambiente no puede ser más desfavorable: ¡Montevideo es un gran claustro!... ¡Ah, París, París, qué penosa me es la vida sin ti! Allí sí, que aunque fuera contra mi voluntad,—que no lo es—contra mi carácter,—que tampoco lo es—contra mi temperamento,—que lo es menos,—yo ten-

dria, seguramente, el *don* en pleno desarrollo, en plena actividad. ¿Quién no tiene el *don* en París?...

Sí, Barruel, sí, yo siento la nostalgia de París; aquí, uno muere, porque no hay gente, porque no hay movimiento, porque no hay lujo de una parte y miseria de la otra; porque no hay ricos que desprecien el dinero, ni pobres que sean verdaderos adoradores de él; porque estamos viviendo patriarcalmente en familia... ¡Por eso, por todo eso!

Y á este punto del monólogo, Barruel, dándole cualquier razón nimia, prefería marcharse, sin contradecirle, porque se le figuraba que todo aquello no era sino el hombre, que despertaba en Marcelito, aunque de mala manera y con raro extravío, quién sabe con motivo de qué causa.

Aún estaba fresco en su memoria el recuerdo de una historieta amorosa que le refirieron, diciéndole que la había contado Marcelito, atribuyéndose en ella el rol de protagonista, y que era recibida por todos entre risas y jaranas: frases que le ridiculizaban y chascarrillos picantes; lo que indicaba claramente, que, á Marcelito lo creían capaz de todo, menos de decirle á una mujer media palabra. Y no se le olvidaba á Barruel que habiéndole preguntado á Marcelito, si era cierto que él había contado aquella historieta, éste le había contestado que sí, haciéndole comprender entonces esa respuesta que su amigo era víctima de una manía peligrosamente ridícula: la de creerse uno de aquellos «grandes tipos poseedores del *don*». Vea que su amigo era un nuevo Quijote, nacido al calor del *naturalismo*, del mismo modo que aquel inmortal lo fué al calor de los libros de caballería.

¿Qué hazaña, pues, habría producido este héroe fin de siglo, ya que su precio era una enfermedad, «de resultas de un accidente que tuvo por causa un suceso desagradable ocurrido en la vía pública»?

La pregunta se fijaba con insistencia en el pensamiento de Barruel, quien no pensaba más, porque nada más sabía.

Barruel no se figuraba cuán grande es la labor, en el espíritu de un joven lleno de amor propio, de una simple frasesita, deslizada en su oído. El, no sabía cuál había sido el principio de aquel entusiasmo por los «grandes tipos poseedores del *don*», ni había escuchado la continuación del monólogo de Marcelito, la parte que sus labios no osaban traducir y que bullía en su cerebro agitado.

A Marcelito le habían dicho una vez, en broma, que á él le faltaba «el don de enamorar á las mujeres».

Él, que empezó, primeramente, por sentir una profunda simpatía por todos aquellos personajes que veía descritos en las novelas — y que irradiaban como una luz misteriosa, que atraía á las mujeres, locas, sugestionadas — para sentir, más tarde, por ellos, el mayor de los entusiasmos, pensó, entonces, que hasta ese momento, no había hecho nada por igualárseles, pero, ni se le ocurrió remotamente, conceder que le faltaba el don precioso. No recordaba un hecho, en toda su vida, con qué desmentir aquella suposición de sus amigos; las mujeres, no habían entrado á ejercer, nunca, en él, un rol muy importante, pero, se miraba atentamente, de arriba abajo, en el espejo de su ropero y encontrándose irreprochable exclamaba:

¡No importa; no lo he probado hasta hoy, pero soy irresistible, debo tener un don admirable!...

El ambiente de afecto que había respirado toda su vida, ya en las voluptuosas comodidades de su casa, ó ya entre sus compañeros de colegio y de universidad, no le habían permitido suponer que entre las mujeres podía faltarle; y allá, en el fondo de sus pensamientos, había uno que le decía, que con solo quererlo, su triunfo sobre la mujer que amase sería tan fácil, que ya se divisaba un hogar poético, como obligado coronamiento, con cuadros de familia adorables. ¡El pensamiento burgués!

Así es que, en justos arranques de indignación, exclamaba:

— ¡Que me falta el don! ¡A mí!... Y sediento del campo que le faltaba, recurría á extasiarse en sus novelas, que le hablaban de nidos, de poseedores del don..., se empapaba en la lectura y trataba de vivir imaginativamente aquella vida. Cerraba los ojos, dejando el libro sobre la mesa, se echaba hacia atrás en el sillón... y ya estaba en París. Corría los boulevares, asistía á los espectáculos públicos, concurría á grandes cenas, y por su imaginación pasaban con vertiginosa rapidez los teatros, los cafés *chantant*, los paseos, de todos los cuales tenía, además, colgados en las paredes de su cuarto, infinidad de grabados, que los representaban con asombrosa precisión.

Talmente, le parecía ver, á medida que adelantaba su

sueño — en un teatro, del que no recordaba el nombre — un gran escenario, y sobre él una parisién sublime — con toda la elegancia de su raza; distinguida y hermosa como una marquesa de la corte de Luis XIV; rebotante, como una copa de champaña, de alegría graciosa — vestida con gustoso pollerín, que al levantarse en los saltos del baile, permitía ver, entre una cascada de volados tenues, lo que al público electrizaba, haciéndole enloquecer de entusiasmo y de deseo, y aplaudir, agitando por el aire los sombreros; para concluir, en el colmo del delirio, por ponerse todos á danzar: cada hombre con su parisién correspondiente... y Marcelito con la suya. ¡una parisién mareadora! Y bailaba, bailaba también, como los demás, cantando al mismo tiempo, con el sombrero de copa sobre la oreja y levantando los brazos en alto, hasta que se veía en la calle arrastrado por una ola de gente, y miraba á cada persona, pensando al mismo tiempo que la señalaba: Este es una novela, y éste también... y éste... y ese... ¡y todos! Cada uno es una novela; todos tienen su nido; á nadie le falta el don! Y Marcelito, dando un salto hasta ponerse de pie, exclamaba abriendo los ojos:

—¡Ah, París, París! ¿por qué no fuiste mi cuna? ¡Cada hombre y cada mujer son en ti una novela, aquí son sólo un interminable papel que dice con aterradora monotonía: «Se levantó, comió, se acostó», tantas veces repetido, como días ha vivido su dueño!

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

NOTAS DE REDACCIÓN

Recomendamos especialmente á nuestros lectores la valiosa producción que nos ha enviado desde Buenos Aires, el distinguido escritor José Ingegnieros, y acompañada de las siguientes líneas que se refieren á una de sus producciones, que LA REVISTA tuvo á bien transcribir, en honor á la originalidad y el vigor de su estilo y al fresco entusiasmo juvenil en que se halla luminosamente empapada.

Buenos Aires, Octubre 10 de 1899.

Al señor Julio Herrera y Reissig.

Estimado señor Director:

Con toda sorpresa he leído en LA REVISTA el artículo «La última tempestad», que, á juzgar por la firma, es de mi filiación.

Lejos de mí la intención de negarle el amparo de mi paternidad: hay infanticidios imposibles. Pero sí, me considero con derecho á pedir al señor Director que haga constar que pertenece á la producción primeriza de mis quince ó diez y seis «abrilés», y que ya esos entusiasmos literariamente sentimentales por la Revolución Social (con mayúsculas), etc., han caído en mi mente su sitio á convicciones científicas que me llevan á considerar el socialismo como la resultante lógica y necesaria de los conocimientos de las modernas ciencias sociológicas.

Y como muestra de esa nueva modalidad de mi espíritu, permaneciendo siempre dentro de la orientación socialista, que en América comparto con Lugones, Payró, Ghirardo, José Pardo, Dublé Urrutia, Pagano, Díaz Romero, Ciro Ceballos, Olagibel, Oliver, Leduc, Ojeda, Chocano, Mata, Centore, Becú, M. E. Pardo, y otros muchos, buenos y malos, por supuesto—le envío para LA REVISTA el artículo «El Delito como vínculo entre la ciencia y el arte», que, supongo, podrá interesar á sus lectores y me presentará bajo una fase menos jacobina que la que me cuadraba muy bien en un período menos desarrollado de mi evolución psíquica.

Con mi consideración más distinguida saludo al señor Director.

José Ingegnieros.

Tenemos sobre la mesa de redacción el último número del «Almanaque Sud-Americano» que ve la luz pública en la vecina ciudad, bajo la competente dirección de nuestro amigo el brillante escritor Casimiro Prieto.

No hay para qué decir que el «Almanaque Sud-Americano» es un lujoso muestrario artístico, ó si se quiere un

albúm aristocrático donde todo intelecto deja impresa una galantería de la más exquisita gracia, donde todo espíritu que *sabe sentir* depona una impresión, un movimiento, un perfume.

Figuradamente hablando diríamos que más que un libro es un ramo de flores de todos los países, que el Hada de Año Nuevo ofrece á las almas cultas, — y de otro modo — una copa de vino generoso que la vid intelectual de América regala á los paladares refinados, á quienes gusta la embriaguez de lo transparente y de lo bello. La parte gráfica es tan notable como la literaria. La mano del grabador ha trazado sobre sus páginas, de una nitidez de membrana de lirio, los más bellos paisajes, símbolos y figuras que el artista ha concebido á la luz misteriosa de lo que viene de lo alto.

Los dibujos son poesías, y las poesías dibujos. La prosa se presenta elegantemente vestida á la última moda y guardando siempre la ceremoniosa postura que manifiesta su real prosapia. Las firmas al pie de las composiciones, son los títulos nobiliarios que adornan á los concurrentes de esta fiesta galante. Lo más caracterizado de América, en cuanto á literatura, figura en la obra de Prieto, el que como dueño de casa se deja ver por todas partes del libro, dejando caer perezosamente de su pluma el licor de la tinta, en una frase de ingenio, en una modalidad espiritual y transparente como una burbuja, en un chiste sedoso y fino como un guante de marquesa.

Santiago Maciel posee lo que podríamos llamar «la paleta silvestre», parodiando el título de una composición suya que engalana brillantemente las páginas de LA REVISTA. Su vigoroso pincel está formado con filamentos de flores de nuestros campos, y lo imprime con maestría en la amplia tela de nuestra naturaleza, virgen, llena de juicios, incensada de emanaciones fecundas, desvestida de todo artificio humano y de toda pompa que no lleve el sello de frescura de la creación.

Maciel es poeta hasta cuando escribe en prosa, poeta *veraz*, que esto es muy raro, sobrio, que esto es rarísimo, y poco aficionado á inventar armonías extrañas, importadas á nuestro mundo-niño por pájaros artificiales.

Tiene culto por la forma, y el arte de su pluma es transparentar lo que dice y luchar como Flaubert contra el

bloque rebelde y frío del vocablo, *venciendo para enaltecer*, al transformarlo en impecable estatua.

¡Siga el ausente amigo, pintando magistralmente esteros y pajonales, cuchillas y hondonadas! La paleta de la patria tiene entre sus colores el que más ama el alma: el color del ideal.

Tenemos que presentar á nuestros lectores tres nuevos poetas, que hacen su debut en LA REVISTA, los que, á decir verdad, no necesitan otra presentación que sus talentos, triunfalmente exhibidos en las publicaciones más selectas de Sud América.

Germán García Hamilton, posee una inspiración de alto coturno, y admira por la fluidez y la sonoridad de sus versos. Es oriental, y en la vecina orilla, donde reside desde hace ya tiempo, descuella como uno de los más valientes caballeros del Helicón.

José Cibils, distinguido poeta argentino, pulsa su lira con ráfagas helénicas, y roba elegantemente á los centauros su centellante celeridad para ir en busca de la ninfa de sus voluptuosidades: la ninfa de la gloria, cuyo rapto es tan difícil.

El otro poeta á quien nos referimos es Horacio Olivos y Carrasco, modernista chileno que tiene algo del gran Latino, no tan solo por su nombre, sino porque es esclavo de esa pulcra reina que se llama Forma.

Vidal Belo, el poeta de la novedad y de la elegancia, verdadero discípulo de Verlaine en esta orilla del Plata, cuyos gorjeos se deben escuchar en el recogimiento místico del alma, y cuyo plumaje sólo se deja ver á los que poseen el ojo subjetivo, se presenta esta vez con una poesía de ritmo, de ritmo de efecto, de ritmo de hojas que caen y de alas que se recogen en el nido. Su inspiración nostálgica nos lo revela tal como es tratándolo, y la lectura de sus poesías os causará, queridos lectores, la impresión de un triste otoño, en un parque de rey á lo Luis XV. Mientras el hada de la estación de la muerte, arranca con sus pálidos dedos sus verdores á los árboles que tiritan de melancolía; mientras las últimas flores dejan caer sus pétalos como lágrimas perfumadas, allá, en el sa-

lón tibio é impregnado de esencias voluptuosas, cortesanas y cortesanos reciben la caricia de Venus. La ráfaga primaveral del amor pasa sobre ellos, y *dos estatuas de rosada terra-cotta* simbolizan la eterna florescencia de la naturaleza humana, abrazándose en medio de un cementerio de hermosos despojos que profana sacrílegamente el viento ebrio del Otoño.

—
_Hemos recibido un folleto publicado por los alumnos de la Escuela de 3.º grado número 1 que inteligentemente dirige la señorita Aurelia Viera. Se titula «Pro José Pedro Varela» y constituye un homenaje al gran reformador de la instrucción nacional. El producto de la venta que reporte dicho folleto se destinará al proyectado monumento á Varela.

El pequeño libro contiene en veinte páginas nítidamente impresas algunas composiciones de verdadero mérito relativo, pertenecientes á los aventajados discípulos de la distinguida educacionista.

—
Recomendamos á nuestros inteligentes lectores la composición de un nuevo y brillante colaborador de LA REVISTA, Clemente Barahona Vega, titulada «Rosas Churri-guerescas».

El citado literato es un popularísimo poeta, prosador y biógrafo chileno secretario de la Asociación de la Prensa de Santiago, que tiene conquistado un puesto honroso en la literatura del continente.

¡ Gracias, colega, por su visita !

